

# El fracaso afectivo de “El principito”

Peter, Ricardo

2004

---

<https://hdl.handle.net/20.500.11777/5391>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

# LÍNEAS IMAGINARIAS

## EL FRACASO AFECTIVO EN *EL PRINCIPITO*

Ricardo Peter\*

La realidad de otra persona  
no está en lo que te revela,  
sino en lo que puede revelarte.  
Por lo tanto, si quieres entenderla,  
no escuches lo que dice,  
sino lo que calla

Gibran Jalil Gibran

Qué misterioso es el país de las lágrimas  
*El Principito*

En el escenario dilatado y desolado del desierto, vestido de aviador y a través de la magia de un cuento, Antoine de Saint-Exupéry recurrió a un ardid literario para realizar un proceso de introspección en el mundo de sus recuerdos.<sup>1</sup>

Bajo este aspecto, *El Principito* requiere una lectura diferente a la que corresponde a un común cuento para niños. Así lo encareció su

---

\* Doctor en Filosofía, profesor investigador de la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

<sup>1</sup> “¡Siento una gran pena ante estos recuerdos! Mi amigo se fue hace seis años con su cordero, y si intento describirlo aquí es para no olvidarlo”, Antoine de Saint-Exupéry, *El Principito*, p. 24, Grupo Editorial Tomo, México, 2000, 4ª edición.

autor quien, en una ocasión, hizo saber: “Siempre quiero que mis desgracias se tomen en serio” y en otra, aseguró: “me da gusto que mi libro sea leído a la ligera”.<sup>2</sup>

El poema, en efecto, es un tejido insospechado del conflicto de la vida de su autor. *El Principito* es la parábola del fracaso afectivo de Saint-Exupéry. Este es el verdadero acontecimiento de la obra.

Precisamente un imaginario accidente de avión, su caída en el desierto y el enigmático encuentro con un “extraordinario hombrecito” son algunos de los principales recursos simbólicos para acceder a su mundo interior. Bajo la concentrada alegoría de *El Principito*, Saint-Exupéry planificó lo que más pretendía en ese momento: una meditación sobre sí mismo.<sup>3</sup> Este delicado poema suena, en realidad, la hora cero de Saint-Exupéry.

Sin embargo, leer *El Principito* de manera minuciosa y circunspecta como quisiera su autor, nos expone a realizar análisis sin fin pues en la medida en que se pasan y repasan las páginas del libro, la lectura deja entrever nuevos elementos que se vuelven, a su vez, nuevos jergológicos, charadas que parecen espirales de información encubierta como si se tratara de un criptograma.

La narración cumple con la función de entretener al lector infantil y burlarse de la exigua comprensión del lector serio. En todo caso, el “cuento”, el texto como tal, despista a unos del gran cuento de la vida de Saint-Exupéry, que es la que permanece cifrada y divierte a otros que aún siguen siendo niños.

Abordar *El Principito* con ánimo de descodificarlo y llegar al verdadero cuento se visualiza entonces como una tarea ingente y agotadora, porque su autor, jugando de manera alegórica, posibilitó la multiplicación de las lecturas. Esto nos obliga a poner confines al presente trabajo, aunque atenerse a ellos provoque, lamentablemente, una reducción, un achatamiento o aplastamiento del análisis de la obra.

Para tener una noción de nuestro procedimiento, primeramente ana-

<sup>2</sup> *El Principito*, op. cit., pp. 18 y 24.

<sup>3</sup> Como afirmará su esposa, después de muchos años de convivencia a su lado: “Tonio no sabía o no quería hablar de sí mismo. Sin duda, su modo de ver el mundo, de sentirlo, le venía de la infancia; él nunca hablaba de sí mismo...”, *Memorias de la rosa*, p. 324, Suma de Letras, Madrid, 2002.



lizaremos tres elementos claves del cuento como son la *avería* del avión, la *caída* en el desierto y el imprevisible *encuentro* con un pequeño príncipe. Ellos constituyen un esbozo de lo que era la fase de la vida que Saint-Exupéry estaba llevando en la época de la redacción o de la resonancia de sus contradicciones afectivas en su existencia. Posteriormente, examinaremos la relación que el pequeño príncipe y su creador mantienen con el símbolo de la rosa, que es el mejor reflejo de la personalidad del autor.

Veamos, de entrada, que ninguno de los recursos literarios que utiliza Saint-Exupéry está fuera de sitio. Al contrario, ellos cifran bajo el ropaje de la ficción los dilemas afectivos que lo abruma.

En efecto, la caída del avión no era un pretexto artificioso inesperado. De hecho, Antoine Saint-Exupéry contaba ya con más de 6 500 horas de vuelo y cinco accidentes aéreos; el penúltimo había ocurrido en 1938 y en total llegaría a sumar seis caídas contando la que supuestamente lo escondió para siempre en las aguas del Mediterráneo, la mañana de 31 julio de 1944.

Pero para fluir hacia sí mismo y encontrarse, aquel que llevaba una vida bohemia en las ciudades escogió un paraje inhabitado, el desierto, el lugar que había examinado desde lo alto en tantas horas de vuelo y desde donde sus pensamientos podían desconectarse de su frecuente y marcada necesidad de huir de su compromiso matrimonial.

Entretanto, para quien tuvo un origen aristocrático y una niñez enteramente risueña, toparse con el "pequeño caballerito" que sondea ingeniosamente al aviador, corresponderá al reencuentro con la infancia desde la cual Saint-Exupéry percibía lo que es esencial al corazón.

También en el relato del pequeño príncipe sobre la rosa, advertimos algo que va más allá del pesar de Saint-Exupéry por lo que fue su accidentada relación con su pareja. En realidad, en el cuento de *El Principito* no hay nada más personal y por lo tanto más revelador de la personalidad de dicho autor que este diálogo, en el cual nos descubre su particular dificultad de pertenecer a la mujer que ama.

El escenario de la caída, del desierto, del encuentro con el niño y de la variedad de aventuras fue ideado, o por lo menos desarrollado, en

“una casa blanca de tres plantas, de un estilo colonial bastante novelesco”,<sup>4</sup> donde Saint-Exupéry continuó y terminó de redactar *El Principito*, bajo un intenso calor de verano, en la localidad de North Port, a sólo 45 minutos de tren de Manhattan, donde se encontraba desde 1940, en su tercera y última estadía en Nueva York. Dentro de estas cuatro paredes<sup>5</sup> ocurrió pues el imaginario daño del avión, la caída en el desierto, se vio obligado a cumplir un aterrizaje forzoso y peligroso en su mundo interior y a replantearse el significado y el valor del amor (la rosa) en su vida. Sus recursos literarios revelan la necesidad de un cambio.

Sin duda, Saint-Exupéry percibió que el trabajo que tenía pendiente en la intimidad de sí mismo, como expresa el aviador del cuento, “era una reparación difícil... se trataba de una cuestión de vida o muerte”.<sup>6</sup>

Pero si así están las cosas, cabe preguntarse: ¿en qué puede consistir semejante tarea de “reparación”? ¿qué conflictos estaba viviendo Saint-Exupéry para decidirse a cumplir un “descenso” de emergencia?

A partir de la publicación, en el año 2000, de *Memorias de la rosa*, –manuscritos de su esposa, de nacionalidad salvadoreña, Consuelo Suncin, a veintiún años de la muerte y en ocasión del centenario del nacimiento de Saint-Exupéry–, es posible responder a las preguntas anteriores y examinar, gracias al material que ofrece, como si se tratara de un palimpsesto, la conflictualidad afectiva de este hombre debajo del cuento de *El Principito*. El resultado será una historia menos edificante pero, por cierto, más cercana a la humanidad del escritor, que tal vez su mejor amigo, León Wert, a quien fue dedicado *El Principito*, contribuyó a desfigurar al describirla en términos legendarios.

En efecto, *Memorias de la rosa* nos entrega algunas claves de lectura que desafían e introducen un saludable desorden en la leyenda de Saint-Exupéry.

A la luz de este material, la redacción de *El Principito* parece motivada por un periodo de balances profundos de la equívoca conducta afectiva, desordenada y caprichosa, de su autor.

Por entonces, en Antoine de Saint-Exupéry, un hombre que frisaba

<sup>4</sup> Consuelo de Saint-Exupéry, *Memorias de la rosa*, op. cit., p.320.

<sup>5</sup> “Esa casa se convirtió en la casa del Principito”, *Memorias de la rosa*, op. cit., p. 322.

<sup>6</sup> *El Principito*, op. cit., p. 11.



los 42 años de edad, se había despertado la necesidad de desembrollar su agitada vida afectiva y, particularmente, la relación que estaba llevando con su esposa, quien desde la fecha en que se conocieron en Buenos Aires en 1930 y a lo largo de los catorce años de matrimonio, había generado, al lado de fugaces momentos de felicidad, numerosos remordimientos y penas debido a su incansable donjuanismo.

Por la fecha en que había empezado la redacción de *El Principito*,<sup>7</sup> y hacia el sexto mes de su tercera estadía en Nueva York, Saint-Exupéry recibió de su esposa Consuelo la solicitud de divorcio. Los familiares de ella se alarmaban porque vivían en direcciones distintas.

Hacia 1940, después de nueve años de casados, Saint-Exupéry seguía siendo la pareja dispareja. A propósito de la última estadía en Nueva York, su esposa se queja hasta el agotamiento. Cuando ella llega a esa ciudad, Saint-Exupéry fue a recibirla a la pasarela del barco pero no por un gesto de dulzura, sino para evitar que le tomaran fotos y que alguna de sus amigas reconociera a la esposa legítima.<sup>8</sup> Pero, además, se queja Consuelo: "Tonio, me invitaba a almorzar o a cenar, pero nunca se presentaba a las citas... Hacía caso omiso de mí".<sup>9</sup> O llegaba al colmo de dejarla en la salida del teatro la primera vez que aparecían juntos en público, después de seis meses de estar viviendo en apartamentos separados.

Volvamos por un momento al piloto que dejamos apenas varado en la arena del desierto, con "martillo en la mano y los dedos llenos de grasa", haciendo esfuerzos para reparar el avión. Con los últimos destellos del día disminuyen sus posibilidades de arreglar el motor. De repente el calor deja de sentirse. Se resigna a esperar que el sol vuelva a

---

<sup>7</sup> Hay suficientes motivos para suponer que Consuelo se refiera a este manuscrito cuando relata las palabras de Saint-Exupéry: "Es muy posible, por lo demás, que yo no tenga nada que darte; pero tal vez tú sí puedas darme algo, cultivarme, plantar en mí una semilla, enriquecerme, compensar mis pérdidas para que yo pueda crear, continuar *mi gran poema, el libro en el que quería poner todo mi corazón*" [cursivas nuestras] y también cuando dice: "A veces me telefoneaba para leerme las páginas que acaba de escribir": *Memorias de la rosa, op. cit.*, pp. 311-314.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 300. También leemos lo que fue su soledad en Nueva York: "Después de dejar a mis amigos de Oppède, me encontraba sola, sentada en el borde de una cama, en la frialdad de una habitación de hotel. No podía creerlo. Me senté en el suelo, como lo hacía en mi infancia cuando había roto sin querer una preciosa muñeca o no conseguía entender un nuevo juego... Ni siquiera sabía su número de teléfono... Mi cuerpo estaba roto" (p. 305).

<sup>9</sup> *Ibidem*.





punto que fácilmente se alteraba.<sup>15</sup> El desierto es, pues, el lugar donde vislumbra sus contradicciones existenciales “el francés más melancólico de Nueva York”.<sup>16</sup>

Como indicador de la frecuentes turbulencias, es decir del temperamento fogoso y volitivo de Saint-Exupéry,<sup>17</sup> basta referir cómo procedió en su primer contacto con su futura esposa, en un hotel de Buenos Aires: “fui abordada abruptamente”, refiere Consuelo.

Saint-Exupéry la sujetó y la empujó al sillón para obligarla a permanecer un rato más en el hall y conversar con ella. En esa misma ocasión, a pocos minutos de conocerla, la forzó a aceptar una invitación para ver el Río de la Plata desde las nubes. Durante el vuelo, él apagó el motor varias veces y se divirtió soltando y agarrando la palanca de mando hasta que exigió a Consuelo, a pocas horas de conocerla, que le diera un beso: “O me besa o nos vamos al agua”<sup>18</sup> y, seguidamente, que se casara con él: “Amo sus manos. Quiero tenerlas para mí solo... Ya verá cómo se casa conmigo”.<sup>19</sup> Y añade: “Estaba tan enfadada que mordía mi pañuelo. ¿Por qué tenía que besar a ese hombre al que acababa de conocer? Lo consideraba una broma de mal gusto. —¿Es así como consigue que le besen las mujeres? —le pregunté—. Pues conmigo ese sistema no funciona. Estoy harta de este vuelo. Aterrice, por favor. Acabo de perder a mi marido<sup>20</sup> y estoy triste”.<sup>21</sup>

Es terrible caer en la desolación y aridez del desierto. La caída en éste obliga a ser rescatado. El acontecimiento decisivo, en el primer

<sup>15</sup> “Nunca pedía perdón, porque odiaba perder el hilo de la conversación; le molestaba mucho. A veces, si alguien lo interrumpía en mitad de uno de sus relatos, se quedaba largo rato en silencio y era capaz de no volver a hablar en toda la velada”, *Memorias de la rosa*, op. cit. p.63.

<sup>16</sup> *Memorias de la rosa*, op. cit., p. 315.

<sup>17</sup> En el ya mencionado primer encuentro de Saint-Exupéry con Consuelo, ésta ante su inexplicable conducta le pregunta si está loco. Él responde: “Hago lo que quiero, aunque sepa que me perjudica”, *Memorias de la rosa*, op. cit., p. 44.

<sup>18</sup> *Memorias de la rosa*, op. cit., p. 47.

<sup>19</sup> *Ibidem*, pp. 43-45.

<sup>20</sup> En esos momentos Consuelo tenía tres años de viudez. Se había casado con el diplomático guatemalteco Enrique Gómez Carrillo en 1926 y había enviudado en 1927. Una fuente de Internet (<http://www.saint-exupéry.org>) sostiene que cuando conoció a Saint-Exupéry, en 1930, ya era dos veces viuda. Según esta fuente, Consuelo Suncin se había casado a los 20 años de edad, en 1921, en primeras nupcias, con un militar mexicano. Sin embargo, en sus *Memorias* no hace referencia a ello.

<sup>21</sup> *Memorias de la rosa*, op. cit., p. 43.



amanecer en el desierto, cuando despunta la luz del nuevo día, fue el encuentro del aviador con un hombrecillo enigmático.

Tal vez una de las mejores figuras de la introspección es la plasmada por Saint-Exupéry al describirnos el diálogo entre el piloto y un niño de mirada grave y escrutadora, que “no parecía perdido, ni muerto de cansancio, ni de hambre, ni de sed, ni muerto de miedo”.<sup>22</sup>

En otras palabras, uno de los componentes del yo de Saint-Exupéry, el niño que alberga todo ser humano, y que en el caso que consideramos es el que más se parece a su autor, es contactado en una etapa en que el escritor siente la necesidad de considerar la fase en que vive exiliado en la ciudad de las grandes avenidas, absorbido por sus disertaciones en público (su libro *Tierra de hombres*, publicado en 1939, lo había convertido en un hombre conocido y admirado), enteramente ocupado por sus actividades a favor de la liberación de Francia ocupada por los nazis, envuelto, además, por las contiendas burocráticas que se oponen a su reincorporación a la guerra y, por supuesto, en medio de festines y salideras con “todas las rubias y millonarias americanas”, como reveló Therese Bonet a Consuelo, mientras ésta pasaba hambre en el municipio Oppède, en Vaucluse, al sureste de Francia, donde se había retirado con un grupo de amigos huyendo de los rigores de la guerra en París.

Podemos comprender entonces por qué Saint-Exupéry afirma que el caballerito “no tenía en absoluto el aspecto de un niño perdido en el desierto”.<sup>23</sup> Al contrario, entra en escena bien al corriente de la trama existencial que está viviendo la personalidad compleja de su autor.

Se pudiera deducir, entonces, que el contenido o el material que va a fluir en el diálogo entre el aviador y el niño no es de orden físico. Las necesidades que apremian al autor del cuento son fundamentalmente de orden emocional. A ello apunta la reparación del avión.

Sin ninguna presentación previa, el misterioso personaje irrumpe en la escena planteando una demanda y con ella, igual que en una sesión terapéutica, provocando un gradual proceso de exploración. Pide un dibujo, o sea, que se trace una figura, que se manifieste y describa algo

---

<sup>22</sup> *El Principito*, op. cit., p.12.

<sup>23</sup> *Ídem*.



oculto o callado. Pide la figura de un cordero. Su petición implica una postura mental. ¿De qué puede ser signo el cordero? ¿A qué aspecto de la vida de Saint-Exupéry puede corresponder el requerimiento del niño?

El cordero es una figura que cuenta con una simbología muy rica y muy antigua, que se remonta a la cultura judaico-cristiana. El cordero personifica, entre otras cosas, la mansedumbre, la docilidad; es la imagen de la humildad y de la resignación, de la pureza y de la redención. Todo lo contrario a la perversión moral, a la corrupción de las costumbres, a la disolución afectiva, al deterioro interior. El dibujo del cordero sugiere que en el proceso de disgregación afectiva típica de Saint-Exupéry se plantea y se experimenta un nivel de exigencias desde donde puede escucharse o formularse la pregunta sobre el resultado de la propia vida emocional.

Lo que exige el hombrecito al aviador, el dibujo de un cordero, parece transparentar, además, el estado de ánimo sereno en que acontece la introspección, sin embargo, eso que pide es también un ajuste de cuentas, una autoconfrontación, lo que el aviador no puede realizar o pintar en ese momento, por lo cual respondió, malhumoradamente, "que no sabía dibujar".<sup>24</sup>

Ante la firmeza del niño, el piloto hace cuatro intentos, tres de los cuales no tienen éxito. Uno fue el dibujo de un cordero enfermo (¿tendrá que ver algo con los numerosos accidentes del ideador del cuento y su secuela de daños: fractura del cráneo, molestias en el hígado, problemas de la vesícula?), otro es el de un carnero ("tiene cuernos" exclama el niño refiriéndose, tal vez, a las infidelidades de Consuelo), el tercer dibujo se trata de un cordero demasiado viejo, es decir, un cordero prácticamente en fin de vida o, al menos, obsoleto para los fines de la renovación.

Después de tres intentos fallidos, ya impaciente, el cuarto dibujo es un cordero virtual, diríamos hoy, un cordero que sólo existe en la intención del pintor, porque, qué lástima, está oculto dentro de una caja con tres hoyos. Y sólo se ocultan las cosas feas o que causan vergüenza. Sin embargo, curiosamente, el dibujo que no deja ver al cordero corresponderá a las expectativas del niño: "Es exactamente como lo

---

<sup>24</sup> *Ídem.*



quería".<sup>25</sup> Y sólo entonces el niño termina haciéndose claro y evidente al piloto y fue cuando éste "conoció al principito".<sup>26</sup>

Reconociendo la existencia del principito, Saint-Exupéry admite que su propia infancia es lo más real de su existencia y que aun perdido en el desierto afectivo que parece caracterizar su enmarañada vida social, ese espacio es el único que le proporciona su identidad más profunda.

De todos los personajes que intervienen en el cuento y que identifican un aspecto de Saint-Exupéry (un astrónomo, un perezoso, un rey, un vanidoso, un bebedor, un hombre de negocios, un farolero, un anciano geógrafo, un guardagujas, un vendedor), el principito es lo entrañablemente más parecido a Saint-Exupéry, como lo deducimos de su relato de la rosa y del texto escrito por Consuelo.<sup>27</sup>

Si Saint-Exupéry declara la infancia "ce grand territoire d'ou chacun est sortie", queremos suponer que hay, entre otras, por lo menos dos razones válidas para hacer esa tajante afirmación.

Una primera razón, porque en medio de la polvorienta vida que está llevando, la infancia es el lugar amado que lo nutre de fantasías que lo libran del decaimiento y de la aridez del embrollado mundo adulto, donde dominan las matemáticas, es decir, el cálculo, el juicio, el árido análisis, en otras palabras, lo racional: "Pero es natural, nosotros, que comprendemos bien la vida, nos burlamos de los números".<sup>28</sup>

Y, una segunda razón, porque desde su infancia, su "país", como fue declarada por Saint-Exupéry, puede resistir a la mentira que está viviendo. En realidad, "para aquellos que comprenden la vida", la infancia es el estado que hace surgir la creatividad. Pero no la creatividad meramente literaria o artística, como se suele entender con esta palabra, y de la cual Saint-Exupéry estaba bien dotado,<sup>29</sup> sino la creativi-

<sup>25</sup> *El Principito*, op. cit., p. 15.

<sup>26</sup> *El Principito*, op. cit., p. 16.

<sup>27</sup> Saint-Exupéry, al decir de su esposa, "era una especie de niño grande", "tenía una voccecita tímida y absurda cuando hablaba en público" y en una ocasión, le pidió que lo llegara a comprender como "una madre comprende a su hijo", *Memorias de la rosa*, op. cit., pp. 82, 182 y 311 (cursivas nuestras).

<sup>28</sup> *El Principito*, op. cit., p. 24.

<sup>29</sup> Su impresionante creatividad (junto con su estatura y sus bellas manos) fue lo que más impresionó a Consuelo la vez que lo conoció: "¡Qué encanto en sus imágenes, qué feroz mezcla de realidad e inverosimilitud!", *Memorias de la rosa*, op. cit., p. 42.





Y por boca del aviador, plantea la misma pregunta:  
—“¿Vienes de otro planeta?”<sup>36</sup>

Pero a su vez, cada uno turba al otro. No cabe duda que en el proceso de autoexploración abierto por Saint-Exupéry, el piloto, es decir, el adulto, el serio, el que no quiere perder su tiempo en fábulas, ignora el origen del otro, del niño y éste, cuando no quiere crecer, desconoce al adulto. El aspecto maduro de la personalidad de Saint-Exupéry no parece bien relacionado con el aspecto infantil. En el cuento, sin embargo, encontramos una disposición a mejorar esa relación: “Aprendí bien pronto a conocer esa flor”.<sup>37</sup>

De aquí entonces la necesidad de Saint-Exupéry de encontrar un nexo, una coherencia, un sentido y una orientación a su vida. De aquí también que las personas mayores “siempre necesitan explicaciones”, pues “los adultos nunca comprenden nada por sí mismos”.

¿Y quién mejor para explicar a Saint-Exupéry su confusión emocional sino él mismo contemplándose desde su “infancia”, condición que según el Evangelio permite renacer? De aquí que el principito, siguiendo la mayéutica socrática, “no dejaba de hacer preguntas”,<sup>38</sup> de poner el dedo en la llaga, de ahondar en la autoexploración.

Pero ahora, a través de los tres huecos de la caja, el cordero puede ver al niño y al piloto, y seguir el diálogo de ambos. El piloto no puede levantar la caja y ver directamente al cordero escondido. Está incapacitado para verlo (“Tal vez estoy envejeciendo”), pero no así el niño, que ve con el corazón. Sin embargo, con la realización del dibujo del cordero se han eliminado las primeras dificultades. De hecho, el “cordero se ha dormido”, exclama el principito.<sup>39</sup>

El tercer día en el desierto, el aviador conoció uno de los mayores temores del principito: su miedo a los “baobab”. Bajo el símbolo de un árbol de tronco muy ancho y corpulento, originario de África, Saint-Exupéry pudiera aludir al drama de su propia infancia, a las malas hierbas que crecieron en su niñez; él fue huérfano desde los cuatro años de edad, y que como ya vimos, fue definido por su esposa “el

<sup>36</sup> *Ídem.*

<sup>37</sup> *El Principito, op. cit.*, p. 39.

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>39</sup> *El Principito, op. cit.*, p. 16.



francés más melancólico de Nueva York”. Las malas hierbas que durante la noche crecieron en su planeta de ensueños son los sentimientos de pena y de nostalgia por la deplorable muerte de un ser querido. Es posible que la pérdida de su padre haya originado en Saint-Exupéry una propensión a la tristeza: “¡Ah, mi principito! ¡Cómo he ido comprendiendo poco a poco tu melancólica vida!”<sup>40</sup>

Pero también durante su vida ha luchado contra esas “terribles semillas”, la tristeza y, tal vez, el remordimiento de su infructuosa relación afectiva con las mujeres.

El cuarto día el piloto descubre la manera cómo el principito combate la tristeza: contemplando las puestas de sol.<sup>41</sup> Aunque no osamos descifrar el significado de las “puestas de sol”, sin embargo, quisiéramos pensar que, tal vez en una fecha cercana a su cumpleaños (“Un día vi la puesta de sol cuarenta y tres veces”), en que el pequeño príncipe que aloja Saint-Exupéry “estaba muy triste”, atravesaba una de las mayores crisis de su vida: ¿Sería acaso cuando Consuelo le pidió el divorcio, en la primavera de 1943, poco antes de la publicación de su poema, el 6 de abril de ese mismo año?

Hacia el quinto día, el principito comienza a soltar su preocupación general por “la guerra de las flores y los corderos,” y, en especial, su temor porque un corderito “sin saberlo”<sup>42</sup> pueda comerse de un bocado una flor única en el mundo, “que sólo existe en su planeta”.

Este parece ser el asunto que más preocupa a Saint-Exupéry. Después de esta confesión el principito “estalló bruscamente en sollozos”: “La noche había caído: dejé mis herramientas y el martillo. El perno, la sed, la muerte, no me importaban ya. ¡En una estrella, en un planeta, en el mío, la Tierra, había un principito que necesitaba *consuelo*! Lo tomé en mis brazos y lo mecí mientras le decía: —La flor que amas no corre peligro... Dibujaré un bozal para tu cordero y una protección para tu flor”.<sup>43</sup> Un bozal puede frenar las necesidades impulsivas del

<sup>40</sup> *El Principito*, op. cit., p. 33.

<sup>41</sup> “¿Sabes?... Cuando uno está realmente muy triste son agradables las puestas de sol”, *El Principito*, op. cit., p. 34.

<sup>42</sup> *El Principito*, op. cit., p. 38.

<sup>43</sup> *Ídem*. En el original se lee “consolar” y se ha traducido a veces como consuelo (console) o consolar, pero en ambos casos hace alusión al nombre de Consuelo, su esposa (cursivas nuestras).



cordero y, por si no bastara, una "campana" protege aun más en casos en que el deseo o la necesidad del cordero se vuelvan incontenibles.

El planeta del principito cuenta con flores sencillas, que no ocupan un lugar particular y no molestan a nadie. Tantas mujeres que no han dejado huellas y que ahora carecen de importancia. No así, sin embargo, la flor que arrancó sus lágrimas. Ésta es única, "no se parece a las demás": es coqueta, limpia, hermosa, vanidosa, conmovedora, dulce, recelosa y miedosa de "las corrientes de aire" (¿accidentes de aviones?), lo único que puede asustar a una planta.

Todas estas notas le quedan muy cómodamente a Consuelo Suncin, a quien Saint-Exupéry amó sinceramente, pero con quien mantuvo una relación bastante tormentosa.<sup>44</sup>

Esa flor perfumaba el planeta del principito. Consuelo es una mujer de "naturaleza excesiva... impulsiva y enamorada, ingenua y sumisa, rebelde y enérgica, fiel e infiel",<sup>45</sup> pero no causaba el placer o la alegría que el principito demandaba de la vida: "Mi flor perfumaba mi planeta, pero no me producía placer",<sup>46</sup> tal vez debido a que "es una flor demasiado complicada".<sup>47</sup>

En el relato sobre su rosa, Saint-Exupéry parece reconocer la dificultad que tenía para comprender el mundo femenino y su inmadurez afectiva en la relación con su pareja: "¡Son tan contradictorias las flores! Pero yo era demasiado joven para saberla amar".<sup>48</sup>

Creer en el amor es también madurar a la soportabilidad del otro, cuya existencia, en ocasiones, es fuente de sufrimientos. Aquí está, probablemente, la dificultad de Saint-Exupéry, quien prefiere botar frecuentemente la toalla del compromiso: "Entonces no supe comprender nada. Debí juzgarla por sus actos y no por sus palabras. ¡No debí jamás huir de allí; la flor me perfumaba y me iluminaba! Debí adivinar su ternura tras sus inocentes astucias".<sup>49</sup>

<sup>44</sup> "Así era nuestra vida, una perpetua encrucijada de amores y separaciones...", *Memorias de la rosa*, op. cit., p. 232.

<sup>45</sup> Descripción de Alain Vircondelet en su prefacio a *Memorias de la rosa*.

<sup>46</sup> *El Principito*, op. cit., p. 43.

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 41.

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 43.

<sup>49</sup> *Ídem*.

En efecto, hay algo desacostumbradamente inmaduro en la relación del principito con las “flores”, y en especial con la “rosa”. Hay aspectos del pequeño príncipe que ostentan rasgos infantiles y que poco tienen que ver con la auténtica infancia a la que nos hemos referido. La infancia no se caracteriza por el amor centrado en sí mismo, sino por el amor generoso, sin “cuentas” (sin *ratio, onis*, razón, cálculo), desinteresado.

Siendo que la personalidad de Saint-Exupéry presenta algunas contradicciones ocultas, nos preguntamos: ¿el comienzo del número nueve del poema no es acaso una alegoría erótica referida a la vida sexual de Saint-Exupéry con Consuelo o tal vez con Consuelo y otras mujeres? Es una pregunta atrevida, pero si nuestra hipótesis original de que *El Principito* es una mirada sobre la propia afectividad, la pregunta planteada se vuelve entonces una conjetura bastante acertada. Esto ocurre en el contexto de la despedida entre Consuelo y Saint-Exupéry, en ocasión de una nueva separación y cuando presumiblemente el divorcio parece irreversible, cuando ya no hay más reproches que prodigarse.

El principito habla del planeta donde creció la rosa como de un lugar de volcanes y sabemos que el término “volcán” lo aplicaban a Consuelo en los medios sociales de París.<sup>50</sup> Es presumible entonces que al hablar de volcanes, en plural, Saint-Exupéry por medio del principito se refiera, según nuestra hipótesis, a sus amantes: “poseía dos volcanes activos, que le eran muy útiles para calentar el desayuno. También poseía un volcán apagado”<sup>51</sup> y en este caso insinúe su gastada relación con Consuelo, el “volcán apagado”. En otra interpretación, tal vez menos probable, se refiera al alivio que le producen los senos de su esposa, quien en otro plano permanece apagada, sin deseos.

El principito se dio a la tarea de limpiarlos antes de viajar (aprovechando “una migración de pájaros silvestres” –¿un raid aéreo?–) porque “si están bien limpios de hollín, los volcanes arden suave y

---

<sup>50</sup> Así lo reporta Alain Vincordelet en el prefacio ya mencionado, citando a un escritor colombiano, *Memorias de la rosa, op. cit.*, p. 11.

<sup>51</sup> *El Principito, op. cit.*, p. 45.



regularmente, sin erupciones”, diríamos, sin que tales relaciones amorosas provoquen disgustos, fastidio, enfado.

Pero cuando “regó” por última vez la flor, el principito sintió ganas de llorar. El divorcio no se consumó. Los trámites legales fueron abandonados, al estilo imprevisible de Saint-Exupéry. Éste terminó discutiendo con su abogado, en defensa de Consuelo de quien entonces quería separarse. “Mi marido se levantó y me dio un beso en la boca. Era el primero que me daba en los seis meses que llevaba en Nueva York. Me enfadé y le dije que no se portaba con seriedad”.<sup>52</sup>

“Lo que hace bello al desierto –dijo el principito– es que esconde un pozo en alguna parte...” y este es el propósito de Saint-Exupéry con la redacción de su poema: dar con el lugar donde pueda encontrar agua, pues el piloto “apenas si tenía agua de beber para ocho días”.<sup>53</sup> Pronto padecerá la sed.

El agua es lo que puede hacer que el desierto florezca y de árido e improductivo se vuelva fecundo. La falta de agua conduce a la muerte. Pero Saint-Exupéry sabe que también el exceso de agua lleva a fenecer. Demasiada agua puede devastar un terreno y volverlo asolado y echar a perder la riqueza de la tierra y sus frutos. Sobre esto parece que ha versado su meditación figurada en *El Principito*. Su conflictiva vida afectiva es el origen de la ingobernabilidad de la nave y de la caída del piloto.

El agua además de vivificar, purifica también. Devuelve al hombre no sólo su limpieza corporal, sino su pureza moral. El agua alcanza lo más profundo de la tierra, el mismo corazón del hombre. De aquí que el desierto en algún lugar esconda un pozo –este es su atractivo– y sea necesario hallarlo.

Poco tiempo después de terminar la redacción de *El Principito* consiguió lo que tanto había anhelado: obtener la autorización para enrolarse, pese a su edad, en la guerra contra Alemania. Saint-Exupéry vivió por entonces uno de los momentos más serenos al lado de su esposa.

A la vigilia de su última migración, Saint-Exupéry aún no podía

<sup>52</sup> *Memorias de la rosa, op. cit.*, p. 318.

<sup>53</sup> *El Principito, op. cit.*, p. 11.



consolarse por no haber dedicado *El Principito* a su esposa: “Dame tu pañuelo para escribir en él la segunda parte de *El Principito*. Al final de la historia, dará este pañuelo a la Princesa. Ya nunca más serás una rosa con espinas, sino la princesa de ensueño que siempre espera al Principito.”<sup>54</sup>

Tonio hizo a su rosa la última promesa: “Mi casa está en tu corazón, y allí me quedaré para siempre”.

---

<sup>54</sup> *Memorias de la rosa, op. cit.*, p. 333.